

## La inteligencia artificial y una nueva oportunidad de desarrollo para Iberoamérica

**Maribel Dalio, Paraguay, III Edición**

La XXX Cumbre Iberoamericana de Jefes y Jefes de Estado y de Gobierno, que se celebrará en Madrid, se enfrenta a un desafío distinto al de Cuenca. Ya no se trata solo de cooperar en innovación o de promover la transformación digital como objetivo general. El reto parece ser aún más complejo: cómo pensar colectivamente la gobernanza y el aprovechamiento de una transformación tecnológica basada en la inteligencia artificial que avanza más rápido que muchas capacidades institucionales, regulatorias y productivas.

El ritmo de adopción de la inteligencia artificial marca un cambio de escala difícil de comparar con revoluciones tecnológicas anteriores. El teléfono fijo tardó 75 años en alcanzar 100 millones de usuarios en el mundo; el teléfono móvil lo hizo en 16 años; internet, en 7; y el App Store de Apple, en 2. ChatGPT alcanzó ese mismo umbral en apenas dos meses.

La cifra no solo ilustra la velocidad del cambio tecnológico. También sugiere que la inteligencia artificial ya no puede entenderse únicamente como una innovación emergente o como una herramienta sectorial. Cada vez más, se perfila como una infraestructura transversal que empieza a incidir en la productividad, la educación, los servicios públicos, la competitividad empresarial, la gestión del conocimiento y la forma en que los gobiernos diseñan e implementan políticas públicas.

La pregunta es qué papel puede desempeñar la inteligencia artificial en la próxima etapa de la cooperación iberoamericana. Parte de la respuesta reside en que la IA combina oportunidades y desafíos que difícilmente pueden abordarse de manera aislada. Su impacto trasciende fronteras; sus beneficios dependen de capacidades que ningún país puede desarrollar plenamente por sí solo; y sus riesgos aumentan cuando la adopción tecnológica avanza sin marcos adecuados de confianza, inclusión y coordinación.

Iberoamérica cuenta con una base singular para abordar este debate. La Comunidad Iberoamericana reúne a 22 países con vínculos históricos, culturales, lingüísticos e institucionales que tienen pocos equivalentes en otros espacios regionales. Esa cercanía facilita el intercambio de experiencias, la construcción de consensos y el desarrollo de iniciativas comunes en ámbitos donde la cooperación puede generar economías de escala.

En materia de inteligencia artificial, esa dimensión colectiva puede resultar especialmente valiosa. La mayoría de los países enfrenta desafíos similares: brechas de conectividad, limitaciones en infraestructura digital, escasez de talento especializado, marcos regulatorios aún en construcción y una presión creciente por modernizar los servicios públicos. Al mismo tiempo, existen oportunidades compartidas para aplicar la IA en educación, salud, agricultura, gestión del clima, administración pública, movilidad, justicia, protección social y desarrollo productivo.

El punto de partida, sin embargo, no es homogéneo. Las brechas en capacidades digitales condicionan la posibilidad de aprovechar plenamente la inteligencia artificial. Su adopción depende de infraestructura, conectividad, datos, talento, energía, capacidad institucional y confianza pública. Por ello, hablar de IA en Iberoamérica no debería limitarse a discutir aplicaciones tecnológicas. También implica preguntarse qué condiciones deben existir para que sus beneficios lleguen a más países, más empresas, más instituciones y más personas.

Desde esa perspectiva, una agenda iberoamericana de inteligencia artificial podría estructurarse en torno a varios ámbitos de cooperación.

El primero es la infraestructura digital. La IA requiere conectividad de calidad, capacidad de cómputo, almacenamiento de datos, centros de datos, servicios en la nube y redes resilientes. Para Iberoamérica, este debate se vincula con una agenda más amplia de infraestructura digital que incluye cables submarinos, puntos de intercambio de tráfico, centros de datos sostenibles, disponibilidad energética, ciberseguridad y conectividad internacional.

El segundo ámbito es el talento. La inteligencia artificial exige capacidades técnicas, pero también institucionales, regulatorias y sectoriales. En este campo, Iberoamérica podría aprovechar su cercanía lingüística y cultural para impulsar programas regionales de formación, redes de conocimiento e intercambios entre universidades, laboratorios públicos y comunidades de práctica.

El tercer ámbito es la gobernanza. La IA plantea preguntas complejas sobre transparencia, privacidad, sesgos, rendición de cuentas, seguridad, competencia y protección de derechos. La respuesta no necesariamente requiere una regulación uniforme para todos los países, pero sí parece aconsejable avanzar hacia principios comunes que permitan generar confianza y reducir la fragmentación.

El cuarto ámbito es la aplicación de la IA a desafíos concretos de política pública. La cooperación regional puede resultar especialmente útil si permite pasar de declaraciones generales a casos de uso verificables, escalables y orientados a resultados. El valor de la inteligencia artificial no reside en su complejidad técnica, sino en su capacidad para mejorar decisiones, ampliar cobertura, reducir costos, anticipar riesgos y fortalecer servicios. En áreas como educación, salud, agricultura, gestión de desastres, protección social o cambio climático, los países iberoamericanos podrían beneficiarse de repositorios compartidos de buenas prácticas, entornos controlados de prueba, evaluaciones conjuntas y mecanismos que faciliten la adaptación de soluciones a distintos contextos nacionales.

Un quinto ámbito, cada vez más relevante, es la confianza. La inteligencia artificial puede mejorar la prestación de servicios y fortalecer la toma de decisiones públicas, pero también puede profundizar desigualdades si se implementa sin transparencia, sin protección de datos o sin mecanismos adecuados de supervisión. En sociedades donde la confianza institucional es un activo escaso, la adopción de estas tecnologías debe ir acompañada de evaluación de riesgos, participación y claridad sobre sus alcances y limitaciones. La cooperación iberoamericana puede contribuir a construir un lenguaje común para abordar estos temas, evitando tanto el entusiasmo acrítico como el rechazo preventivo.

La Cumbre de Madrid ofrece, por tanto, una oportunidad para elevar esta conversación. Una oportunidad para reconocer que la inteligencia artificial puede convertirse en un nuevo espacio de cooperación práctica, donde innovación, infraestructura, talento, regulación y desarrollo se articulen de manera más estrecha.

El riesgo de no hacerlo es avanzar de forma dispersa. En un mundo donde la capacidad computacional, los datos, el talento y la inversión están altamente concentrados, la fragmentación puede limitar la capacidad de los países iberoamericanos para beneficiarse de la economía digital. Por el contrario, una agenda común permitiría identificar prioridades compartidas, coordinar esfuerzos, movilizar conocimiento y proyectar una voz regional más sólida en los debates globales sobre inteligencia artificial.

Quizás esa sea la oportunidad más importante para Madrid 2026. La pregunta que plantea la Cumbre no es únicamente si Iberoamérica puede utilizar más inteligencia artificial. Es si puede construir, desde su identidad común y su diversidad institucional, una forma propia de cooperación para que esta tecnología contribuya a un futuro más productivo, inclusivo y sostenible.